

Le pregunté la hora y él me contestó: No sé. Eso fue lo último que dijo. Después oí un ronquido, un estertor. Ya se había producido el ataque. Corrí a llamar al médico. No me dejaron subir: estaba embarazada de seis meses y la gente siempre tiene miedo por la criatura. En seguida, a los diez minutos, vino el doctor Muller. Subí con él, pero ya se había muerto. Eran las diez y media de la mañana»⁵¹.

Ciudad de Córdoba, mediodía del domingo. Mirta llega apurada a su casa en la esquina de Rivadavia y 25 de mayo. Imagina que su padre puede llamarla por teléfono desde Buenos Aires. Casi siempre él la llamaba los miércoles pero el último miércoles Mirta no había estado en casa, demorada por una clase tardía en la Facultad. No era fácil para ella, después de lo que había pasado, reanudar los estudios y Roberto quería acompañarla, estimularla. El teléfono sonó en cuanto Mirta hubo entrado. La línea no estaba bien, había interferencias. Tardó en comprender que no eran las líneas averiadas, era el carraspeo y el malestar de quien, al otro lado de esa línea, le estaba dando la noticia. Había que decírselo a Vecha y preparar el viaje de las dos a Buenos Aires.

Lo velaron en el Círculo de la Prensa toda la noche entre el domingo y el lunes. En la tarde del domingo había comenzado a caer una fina garúa. Las mismas caras que lo habían despedido risueñas 24 horas antes, lo reciben demudadas. Cuando retiran el ataúd para llevarlo a la Chacarita, los jóvenes actores del Teatro del Pueblo insisten en sostener el féretro. Aquel lunes, miles de argentinos leen en *El Mundo* la noticia de la muerte de Roberto Arlt junto a su artículo póstumo: se titula *El paisaje en las nubes* y comienza con estas palabras: «Evidentemente, los hombres no eligen sus padres ni sus destinos».

En el peristilo del cementerio el grupo se hace compacto. Una foto muestra aquellas caras congeladas de estupor y dolor. Son todos hombres: las mujeres no van a los entierros. Para despedirlo, Horacio Rega Molina, su compañero de tareas en el diario, lee un poema que comienza con estos versos: «Si yo supiera todo lo que sabes/lo que desde tu muerte has aprendido...».

Cuando el ataúd quedó solo en el nicho provisorio, los amigos de Roberto Arlt se dispersaron con la confusión de alguien al que acaban de amputarle un miembro. ¿Cómo será la vida sin Roberto? Se forman grupos, porque ellos necesitan verse, tocarse, prolongar la presencia armada, convocarla en las voces. Con su figura quijotesca, Elías Castelnuovo, el «hermano mayor», habla de Roberto y narra la visita que habían hecho, con

⁵¹ *Urondo*: ob. cit.

fines periodísticos, al crematorio, donde el director les había hecho una demostración. Y Castelnuovo mimaba el entusiasmo de Arlt y recordaba sus palabras: «Qué estupendo, exclamaba Roberto abriendo tamaños ojos, ver reducir un mastodonte de ciento veinte quilos de pesos, con los bolsillos llenos de plata, a un quilo y medio de polvo. ¡Es fantástico! ¡Bárbaro!»⁵². La ironía de Roberto no cesa, como la lluvia que sigue cayendo sobre Buenos Aires.

Continúa así el relato de Elizabeth: «El martes fuimos al cementerio mi madre, mi suegra, Mirta y yo. Además, dos hombres: sus amigos Diego Newbery y Guillermo Short Thompson. Ese mismo día yo retiré las cenizas con la autorización del director del cementerio. Siguió lloviendo muchos días más, después volvió a salir el sol. Un día de agosto, en un atardecer frío, fuimos al Tigre en una lancha colectiva. Un lugar del cual Roberto gustaba mucho, solíamos ir a la casa de los Leumann. Era fácil llevar las cenizas, estaban en un cofre pequeño, me acompañaban Leónidas Barletta y Diego Newbery. Estuvimos recordándolo esa tarde y después le dijimos adiós, y en aguas del Paraná, donde confluyen el río Capitán y el Abra Vieja, sumergimos sus cenizas».

El 19 de octubre, en el Sanatorio Anchorena, a las once menos diez de la noche, nació el hijo de Roberto Arlt y Elizabeth Shine. Su único nombre es Roberto.

⁵² Castelnuovo, *Elías: Memorias*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1974.